

MARCELA

¡Sí; qué noche! Se oyen pasos. ¿Eh?

AMPARO

Es Ramón.

Entra RAMÓN.

RAMÓN

¿Qué hacéis aquí vosotras?

MARCELA

Nada... ¿Y tú, dónde ibas?

RAMÓN

No sé...

MARCELA

¿Has sabido algo?

RAMÓN

Sí, ya te lo dije: que él lo sabe de cierto.

MARCELA

¿Y ella?

RAMÓN

No sé nada. Esperaba algo suyo... no habrá podido enviar á nadie.

MARCELA

¡Pobre mujer!

AMPARO

Enterándose de pronto. ¡Ah! Pero es verdad lo que estaban contando esas pécoras de ti y de Euge...

RAMÓN

¡Calla!

AMPARO

¿Y qué vas á hacer?

RAMÓN

¡Nada! qué de hacer yo! ¡Eso es lo que me vuelve loco! Esperar. El tiene todas las razones, y no puedo hacer nada, ni por salvarme á mí, ni por salvarla á ella. ¡Esperar con los brazos cruzados! ¡Y no viene, y no me busca!

Entra ANITA.

ANITA

¿Dónde os habéis metido? Buscándoos venía. Ya se han marchado todos, gracias á Dios, porque hemos hecho los honores de la fiesta de un modo... Yo ya no sabía qué decirle á la gente...

AMPARO

¡Traer á esa mujer á mi casa, en mi cara, y andar detrás de ella toda la noche!

MARCELA

Andrés... y me estará esperando. ¡No, no, no!

RAMÓN

¡Qué habrá hecho ese hombre con ella, cuando no me avisa!

ANITA

¡Jesús, chiquillos! ¡No sé si parecemos criminales ó fieras enjauladas! ¡Vaya unas caras que tenemos!

MARCELA

Sí; aquí hemos venido todos buscando lo mismo: soledad, sombra para esconder los pensamientos, para huir no sé de qué...

ANITA

Y nos hemos encontrado con nosotros mismos. Tiene gracia; por lo menos tenemos una ventaja: nos juntamos, aunque no sea más que para ayudarnos á caer.

MARCELA

Estamos solos, solos, y ¿con quién vamos á contar en esta casa, donde no hay más que dinero?

RAMÓN

¡Dínerol! ¡Por haberlo tenido sin ganármelo, desde que lo he podido desear, soy un hombre que no sirve de nada!

AMPARO

¡Sólo por mi dinero se casó conmigo ese necio!...

ANITA

¡Ea, niños, á la cama, que es tardel!

AMPARO

Sí; mañana será otro día.

RAMÓN

Buenas noches.

ANITA

¿Vienes, Marcela?

MARCELA

No; voy á salir un poco al jardín; estoy nerviosa.

*Se separan, dirigiéndose cada uno á una puerta. En el momento en que Marcela va á abrir la del jardín, tropieza con el padre, que entra y le coge la mano. Ella da un grito, asustadísima.*

MARCELA

¡Ay!

DON JOSÉ

¿Dónde va, mi hijita, dónde va?

*Marcela, sin responder, se aparta y se deja caer en un asiento, tapándose la cara con las manos. Casi inmediatamente vuelven á entrar todos los hermanos, y aparece por el fondo la madre. Todos alarmados, porque han oído el grito de Marcela. Uno de ellos vuelve el interruptor de la luz eléctrica y se enciende la araña del centro.*

AMPARO

¿Qué?

ANITA

¡Marcela!

FELICIA

¿Quién grita? ¿Qué hacéis todos aquí? ¿Qué pasó?

DON JOSÉ

¿Qué iba á pasar? Nada. Que la niña y el padre tuvimos la misma ocurrencia: tomar una vueltita por el jardín para refrescar los pensamientos; pero creo que ya no es menester y que mejor haremos en dejar el paseo para otro rato.

AMPARO

¿Estaba usted aquí?

RAMÓN

Entonces...

DON JOSÉ

Entonces, alabado sea Dios que nos ha puesto á todos cara á cara y con la verdad por delante. Mis hijos, esta noche han llegado las cosas á un punto en que ya no hay remedio sino llamarlas por su nombre y ver si acabamos con ellas ó acaban ellas con nosotros. Todos tenemos la tristeza encima. A Amparo. Tú, por el agravio que te hicieron, poniéndote delante á otra mujer. A Marcela. Tú, por la deshonra que íbas á buscar. A Ramón. Tú, por la muerte que te estás buscando.

FELICIA

¿La muerte?

DON JOSÉ

¡Sí, Felicia!

FELICIA

¿Qué hiciste, hijo mío, para que nadie te quiera mal?

RAMÓN

Es verdad; pero no tiene remedio.

DON JOSÉ

¡Cómo no ha de tenerlo!

RAMÓN

Ese hombre me busca, y me encuentra; eso se lo juro yo á usted.

DON JOSÉ

No le encontrará

RAMÓN

¿Por qué?

DON JOSÉ

Porque mañana, sin que nadie se entere, marcha para Avilés, y en el primer vapor sale pitando para América á ganarse la vida como un hombre.

RAMÓN

Yo no me puedo marchar de aquí.

M. SIERRA.—II.

DON JOSÉ

Nada, mi hijito, es cosa resuelta.

RAMÓN

Usted no tiene derecho á intervenir así en una cuestión mía, sólo mía.

DON JOSÉ

Calle la boca, que aquí el único que no tiene derecho á levantar la voz es él.

RAMÓN

Es decir, que...

DON JOSÉ

¿Sabe en tantos años como pasé lejos de ustedes lo que más me alegraba las horas negras? Pues ello era el pensar que entre lo mucho tan querido que por acá dejara había un hijo, y que á la vuelta me encontraría un hombre, todo un hombre. Ya ve qué pavada, porque á la vista está, y él mejor que nadie puede decirme lo que me encontré.

RAMÓN

¡Yo no tengo la culpa de ser como soy!

DON JOSÉ

¿Quiere decirme que la tengo yo? ¿Qué debí yo hacer y no hice por ustedes?

RAMÓN

No lo sé; no somos los hijos los que hemos de decir á los padres éste es nuestro derecho. Ellos,

que nos trajeron al mundo, debieron saber antes cuál es su obligación.

FELICIA

¡Calla, Ramonín, calla!

DON JOSE

Faltó el padre de casa, dicen bien; pero ha vuelto, y de aquí en adelante nadie ha de hacer en ella sino lo que yo diga. Todos los hijos hacen gestos de leve protesta, ó lo que disponga la madre, que es lo mismo.

FELICIA

¡Pobre de mí!

DON JOSE

Mis hijos: ustedes están tirando la vida, y si al menos tirándola fueran felices... pero de sobra saben que no lo son. Es preciso que todos busquen un fin á su vida, algo con que llenar honradamente las horas del día y apaciguar esa intranquilidad que todos, cuál más, cuál menos, llevan dentro del corazón. ¿No les parece?

ANITA

Con mal humor. Usted es quien manda.

DON JOSE

¡No, mis hijos, no! Yo soy quien pide, por amor de Dios, un poco de buena voluntad.

RAMÓN

Voluntad, voluntad...

DON JOSE

Yo puedo luchar contra todo por ustedes, mis hijos; pero ¿qué voy á hacer si á ellos me los encuentro de enemigos?

AMPARO

¡Yo qué culpa tengo de que mi marido sea como es!

DON JOSE

¿En tan poco se estima, mi hijita, que no quiere intentar hacerlo un hombre? Amparo hace un gesto de desaliento.

MARCELA

Levantándose con exaltación. ¡Ay, padre, nadie salva á nadie, nadie sirve de nada para nadie! Se echa á llorar.

FELICIA

Acudiendo á ella con cariño y sin comprender. Niñina: ¿qué te pasa?

DON JOSE

¿Pero es posible que estén ya tan perdidos que ni siquiera les quede el ansia de salvarse? ¡Levanten la cabeza, fiense de mí!

ANITA

Después de una pausa. No se canse usted, padre; por pecados propios, ó por culpas ajenas, ha llegado

una hora en que á mis tres hermanos tanto les da vivir como morirse... Claro es que poco les costaba ser un poco amables con usted, y decir que sí á todo. Pero en esta familia tenemos el pícaro defecto de no saber decir más que la verdad.

DON JOSE

Más vale así... Mi hijita, hizo bien en decir lo que, sin duda, estaban pensando todos. Ahora, ya sé lo que tengo que hacer. ¡Perdonémonos todos el mal que unos á otros nos hemos hecho, y á América me vuelvo por donde vine!

FELICIA

¡Pepín! Quiere acercarse á él pero él se aparta. Volviéndose á los hijos. ¡Ay, hijos! Creedme á mí ahora que os tengo á todos juntos: yo nunca supe maldita la cosa más que quererlo á él y quererlos á todos como á mi vida. Vosotros sí sabréis; pero creedme á mí. Ya veis lo que es vuestro padre: le debéis la vida, le debéis el pan, le debéis los años que pasó trabajando por vosotros. Hijos: ¡por Dios santo, no le dejéis marchar! ¡Pedidle de rodillas que se quede! ¡Tenéis obligación! Y aunque no la tuviérais, hacedlo, os lo pido yo. Vosotros comenzáis á vivir, y cada uno marchará por su lado; pero yo soy vieja, hijos, y estoy cansada; y nunca quise á nadie más que á él, y si marcha, ¡me quedo sola!

Llora.

RAMÓN

Madre: no se aflija usted así.

AMPARO

¡Haremos todo lo que usted quiera!

ANITA

Todo lo que usted quiera, aunque sirva poco.  
Van acercándose al padre, que está al otro extremo de la habitación.

MARCELA

Padre...

DON JOSÉ

Mi hijita...

Con ironía.

MARCELA

Perdónenos usted.

RAMÓN

¡No se vaya usted, padre!

AMPARO

Quédese usted, se lo pedimos de todo corazón.

ANITA

Quédese usted, que todos haremos lo posible por que no tenga que arrepentirse...

FELICIA

Pepín: no pienses más, ya los oíste.

DON JOSÉ

Con ira. Gracias, mis hijos. Veo que son personas finas y que saben quedar como se debe. No se perdió toda la plata que gasté en ponerles maestros. Lindo no más. Yo les agradezco en el alma las buenas palabras.

MARCELA

Padre...

RAMÓN

Le juro á usted...

DON JOSÉ

Y ahora, con la conciencia tranquila, retírense, Temblando de ira, mis hijos, y mañana veremos cómo amanece Dios.

Los hijos intentan acercarse á él; pero él da media vuelta rechazándolos, y ellos se alejan en silencio.

FELICIA

Acercándose tímidamente. Pepín: ¿marchas de veras?

DON JOSE

¡En el primer vapor!

FELICIA

¡Pepín: perdónalos; no marches!

DON JOSE

¿Pero no ves que á ninguno le importa el que me marche ni el que haya venido?

FELICIA

No marches. Siempre conviene en una casa la sombra del padre.

DON JOSE

Eso soy yo aquí. Un fantasma, un alma en pena que vino de otro mundo á pedir lo que nadie le puede dar.

FELICIA

¡Ay, Pepín, tantos años esperándote!

DON JOSE

¡Felicia!

FELICIA

¡Tantos años de vivir aquí sola.

DON JOSE

¡Solo viví yo allá!

FELICIA

En cualquier parte debimos vivir juntos, que era ley de marido y mujer.

DON JOSE

Yo me fui por lo mucho que les quería á ustedes.

FELICIA

¡Cuando uno quiere bien, no marcha!

DON JOSE

¡Eramos pobres!

FELICIA

¡Y dichosos! Ahora quéjaste porque piensas que te olvidamos. Tus hijos ni te conocieron..., yo no te olvidé; pero, ¡Dios me perdone!, á fuerza de sufrir viéndote tan lejos, no me quedó alma ni para alegrarme de que volvieras.

DON JOSE

¡Felicia, ni un solo día dejé de recordar nuestro cariño!

FELICIA

¡Al desembarcar ni me conociste!

DON JOSE

¡Calle la boca!

FELICIA

No es para extrañado; también tú cambiaste. Ni el hablar lo tienes de cuando marchaste.

DON JOSE

El hablar no; pero el corazón sí.

FELICIA

Por eso dijiste: vuélvome á América, sin pensar siquiera que aquí quedaba yo. ¡Vete, vete, que esta vez, al volver, ya no has de encontrarme!

DON JOSE

¿Qué dice?

FELICIA

Aquí tendrás la casa, y los trastos buenos, y las ropas finas; pero yo habré muerto sola, como viví.

DON JOSE

¡No diga eso!

Ella se separa de él y se sienta, llorando; él se acerca, también conmovido. Oyese muy lejos el son de una gaita: es un aire popular asturiano. Al oírlo, Felicia va cambiando la expresión de angustia por la de recuerdo ilusionado; llora y ríe al mismo tiempo. La gaita sigue oyéndose hasta que cae el telón; pero siempre muy lejos.

FELICIA

Pepín, ¿oyes? PAUSA. ¿Acuérdate de aquellas romerías de San Roque lo que tenemos bailado?

DON JOSE

Me acuerdo por la noches, á la vuelta, lo que nos tenemos reído.

FELICIA

¡Buena pieza estabas hecho!

DON JOSE

¡Pues no digamos ella!

FELICIA

Ella... ¿Quién?

DON JOSE

¡Quién ha de ser! Nunca hubo para mí más ella que mi doña Felicia.

FELICIA

¡Ja, ja, ja! ¡Pepín!

DON JOSE

¡Felicia!

Se abrazan largamente.

FELICIA

¡No marches, Pepín; no marches si me quieres!

TELÓN